

sus propias costas compró una carabela, en la que debía embarcarse él con su familia y sus amigos

Para atender á ese aumento de gastos, debió hacerse dar cuenta de las cantidades cobradas por cuenta suya durante su ausencia. Segun cálculo aproximado hecho por sus amigos, subía el total á once mil castellanos (a); sin embargo no figuraban más que cuatro mil en las cuentas que le presentaban, por cuyo motivo tuvo una violenta disputa con el gobernador. Este le tendió hábiles lazos durante la discusion, pero la sagacidad de Colon los desbarató y dominó su indignacion. Solamente activó con todos sus esfuerzos la reparacion de la carabela; porque se le hacia insoportable la estancia en Santo Domingo en la casa de un adversario tan artificiosamente cortés. Por otra parte era muy falsa su situacion; no podia exponer su modo de pensar, dar un consejo, expresar francamente sus ideas en ninguna materia. Debía desconfiar de todo y de todos. Conociase ajeno en la administracion de un país del cual era él donador, Virey y gobernador perpétuo! Veía ensangrentada y despoblada aquella magnífica isla á donde había querido traer la civilizacion y la dignidad del cristianismo.

Por todo esto se hallaba sumida en amargura la grande alma de Cristóbal Colon.

Nada quedaba de los cinco reinos, de los grandes vasallos, de los numerosos Caciques de la Española. También había desaparecido Anacoana, la flor de oro, la encantadora soberana de Haití, de incomparable fama, aquella musa visible

(a) Ya se recordará que el *castellano* era una moneda de oro española, que en tiempo de los Reyes Católicos valía 490 maravedís de plata, ó sean 14 reales y 14 maravedises del mismo metal, y cuyo valor varió en los siguientes reinados.

* Creemos que será del agrado de nuestros apreciables lectores ver una sucinta relacion de Haití, al despedirnos de su poética y desgraciada reina, digna bajo todos conceptos de mejor suerte:

Es una grande isla de América en el Océano Atlántico, la segunda de las Antillas con respecto á su extension, al S. E. de Cuba, entre los 17 y 19 grados de latitud Norte, y los 64 y 70 de longitud Oeste. Tiene unas 120 leguas de largo, 43 en su anchura media, y 3,840 de superficie. Su territorio está cortado de altas montañas y valles profundos, y lo riegan algunos rios, entre otros el Artibonito, que es el más caudaloso de todos, y también el de más largo curso. Los europeos envejecen pronto en dicha isla.

Se notan en ella dos cordilleras principales, la una que recorre el centro, y la otra que se extiende en la parte S. O. Su clima ofrece mucha variedad: en los llanos reina un calor ardiente; en la inmediacion de las costas las brisas periódicas del mar hacen las noches más frescas y agradables; en los valles regados por un sin número de arroyos, se respira un aire muy fresco; y en las cumbres de las montañas suele ser tan intenso el frio, que se necesita encender hogueras para resistirlo.

Tiene minas de oro, plata, hierro, cobre, cristal de roca y carbon, y produce en abundancia maíz, cacao, tabaco, café, azúcar y algodón, que constituyen otros tantos artículos de su comercio de exportacion.

de las más poéticas regiones, que era al mismo tiempo la Egeria, la Clío y la Talía de las Antillas. El tormento, la ignominia, la muerte habían pagado la generosidad de su confianza y de su real hospitalidad. Con ella desaparecieron los cantos, las graciosas danzas, los juegos escénicos y las dulces ilusiones. La desolacion y el terror dominaban solamente entre los esparcidos restos de las tribus diezmadadas.

Á los asesinatos de Xaragua, á las matanzas del Higüey había sucedido el tranquilo homicidio cometido diariamente por el exceso de los trabajos en las minas.

Su poblacion asciende á un millon de habitantes, casi todos negros ó mulatos.

El nombre de Haití ó Haytí significa en su lenguaje natural: *país montañoso*.

Á mediados del siglo xvii unos franceses é ingleses se establecieron en la pequeña isla de la Tortuga, desde donde atravesaban el estrecho canal que la separa de Haití, é iban á cazar en los bosques de esta, toros y cerdos, cuya carne ahumada les servía de alimento; pero encontrando oposicion en los españoles, empezaron á hostilizarlos, y más adelante con el nombre de Filibusteros, lograron apoderarse de la parte O. de la isla, la cual fué cedida á los franceses por el tratado de Ryswick en 1697.

La colonia francesa continuó prosperando hasta la época de la revolucion de 1789, en que estalló la insurreccion de los Negros, á cuya cabeza se puso el célebre Santos Louverture, y que la prision y muerte de éste no consiguió ahogar. El general Leclerc fué completamente derrotado por las tropas de los rebeldes, que fundaron un gobierno arreglado reconociendo la Francia su independencian en 7 de abril de 1825, mediante una indemnizacion de ciento cincuenta millones de francos para subsanar las pérdidas de los antiguos colonos.

* EGERIA.—Ninfa del Lacio, á quien Numa consultaba sobre todas las instituciones que quería dar á los romanos. Segun Ovidio se casó con Numa y despues de la muerte de éste, huyó al bosque de Aricia donde se abandonó á su dolor, y no pudiendo consolarse fué transformada por Diana en fuente.

En los antiguos monumentos está representada en un traje análogo al de las Musas, el ropaje flotante, los piés desnudos, el cabello en desorden, y en actitud de escribir en un libro que apoya en la rodilla.

Todavía se ven en Roma las interesantes minas de la fuente Egeria, á mano izquierda de la antigua puerta Capenna, entre la vía Latina y la vía Apia, en el hermoso valle llamado hoy la Caffarella.

* CLÍO.—La musa de la historia. Segun algunos, fué madre del poeta Lino, á quien tuvo de Apolo. Se la representa bajo la figura de una jóven coronada de laurel, con un rollo de papel en una mano, y en la otra un lapicero para escribir los hechos históricos.

Se la considera también como inventora de la guitarra, y entónces sus estatuas tienen una guitarra en la mano, y un plectro en la otra.

Su nombre es griego y significa *yo celebro*.

* TALÍA.—Una de las nueve musas que presidía á la comedia. Se la representa bajo la figura de una jóven de aire jugueton, coronada de hiedra, calzada de borceguies y con una máscara en la mano. Apolo tuvo de ella á las Coribantes.

El nombre de Talía es griego, y significa *regocijo*.

Después que Bobadilla hubo mandado cargar de cadenas á Cristóbal Colon, el protector de los Indios, los desdichados insulares que, engañados por los rebeldes, se habían alegrado de su infortunio, se vieron sometidos á un riguroso empadronamiento, sacados de la tutela de sus Caciques y repartidos entre los colonos á quienes pertenecían de hecho con toda propiedad. Por la primera vez se encontraron entónces sujetos regularmente á los trabajos de las minas; y, en la práctica, se trocó en dura esclavitud el patronato en un principio cristiano de los *repartimientos*.

Pronto quedaron olvidadas las órdenes ulteriores dadas á Ovando por la reina para suavizar la suerte de los Indios. Bajo el pretexto de que estos eran naturalmente inclinados á la pereza, á los más feos vicios, y que fuera saludable para su alma familiarizarles con el trabajo, se les distribuyó por grupos ó por categorías á españoles insaciables, llegados á la isla, no para poblarla, sino con el objeto de explotarla. Estos amos crueles no concedían ningun reposo á los infelices esclavos. Su codicia les obligaba á trabajos continuos, mientras que su avaricia les rehusaba el necesario alimento. Separados estos desdichados de sus mujeres, de sus hijos, y privados radicalmente de todos sus hábitos y afecciones, debían seguir á sus amos, bajo pena de muerte, á las lejanas excursiones á que les arrastraba la sed del oro. El hallazgo de una mina era para ellos como un múltiple decreto de muerte. Cada filon se convertía en una tumba. Los trabajadores morían por falta de alimentos y por extenuacion de fuerzas. Encontraban la muerte en las minas, y la encontraban en los bosques, donde les perseguían implacables cazadores de hombres. Cada día les diezmaban la desolacion, el espanto, el hambre y la fatiga. La mortalidad acababa con tribus enteras.

Pueblos en masa emigraban perseguidos como fieras por perros y jinetes. Otros, cansados de la vida, se privaban de ella en comun, apelando al suicidio. Las enfermedades acababan la destruccion comenzada por la barbarie. Esas calamidades, esas angustias, tantos crímenes cometidos á sangre fria, oprimían el corazon del Almirante. ¡Ay! no era aquello lo que él esperaba, cuando descubrió aquellas regiones. Él amaba á los cándidos hijos de los bosques; había recibido el don de comprenderles y de subyugarles por su ascendiente personal. Todos derramaron lágrimas la primera vez que se alejó de ellos en Navidad. En Santa Gloria lloraron tambien su partida. Pero ahora no podía nada en favor de ellos: su única esperanza para ellos era la justicia de la reina. ¡Ay! la noble Isabel era tambien un nuevo motivo de pesares, porque las últimas noticias llegadas de Castilla anunciaban que caminaba visiblemente al sepulcro, y el corazon de Colon estaba traspasado de dolor con tales noticias.

§ III.

El Adelantado, por orden de su hermano, apresuraba con todas sus fuerzas los preparativos de marcha.

Por fin, el día 12 de setiembre, habiéndose despedido el Almirante del Gobernador y recibido los saludos de los más distinguidos colonos, se embarcó con sus amigos, oficiales y servidumbre de su casa en la carabela que había comprado. En la otra, que se había carenado, tomaron pasaje los marinos que querían regresar á España: mandábala el Adelantado en persona.

Habrianse alejado como unas dos leguas y estaban todavia en frente del puerto, cuando un vendabal imprevisto rompió el palo mayor del buque del Almirante, y lo partió hasta el puente (1). Léjos de entrar otra vez en el puerto para reparar la avería, pasó en seguida el Almirante con sus familiares al buque del Adelantado, y continuó la travesía, mientras que la carabela maltratada entraba de nuevo en Santo Domingo. El derrotero fué bastante bueno, mientras navegaron por el mar de las Antillas; pero luégo después el mar se puso furioso, y durante una horrible tempestad, se vió otra vez atacado el Almirante de su reumatismo articular. Estaba como paralizado en su camarote.

Había comenzado otra vez la lucha contra los vientos y las olas.

El sábado, 9 de octubre, después de una fuerte borrasca, cuando ya habían calmado los vientos, y la fuerza sola del mar empujaba todavia montañas de olas una racha súbita rompió el palo mayor en cuatro distintos puntos. Los consejos del Almirante, siempre tullido en su lecho, y la ingeniosa inventiva del Adelantado remediaron aquel accidente. Acortóse el palo mayor, y se reforzaron las ensambladuras con piezas sacadas del castillo de popa y del coronamiento, sujetas sólidamente por medio de cuerdas.

Al cabo de muy pocos días, otra tempestad rompió el trinquete.

Todavía quedaban por andar más de setecientas leguas.

En lugar de esforzarse para llegar á las Azores, á fin de reparar allí las averías y cambiar su arboladura, como hubiera hecho por de pronto cualquier capitán prudente, acostumbrado el Almirante á los auxilios del Cielo, no dió muestras de preocuparse por aquel nuevo accidente. Sus padecimientos no le permitían un

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. CVII.

instante de descanso. Además, su ánimo estaba agitado por tristes presentimientos.

Sabía que no debía contar con Fernando por lo egoísta y falto de amistad que era; sabía que su corazón no estaba inspirado por ningún sentimiento noble, y que todo debía temerle de él, sin poder esperar más que tristes y amargos desengaños. Sabía que sólo Isabel con su intuición profunda había comprendido su genio, la inmensidad de su empresa y la grande elevación de sus miras. Por esto temía tanto perderla, y esta pérdida ¡ay! era lo que le hacía sentir su angustiado corazón.

Hay en los presentimientos algo de sobrenatural que, mejor observado, suministraría la prueba de la inmaterialidad del alma, ha dicho un escritor, y ¿por qué el genio de Cristóbal Colón, el alma que informaba aquella distinguida individualidad humana, no le había de inspirar unos temores, muy fundados por otra parte, aún mirados solamente bajo el punto de vista de la lógica de los acontecimientos humanos? Sobrada experiencia tenía ya Colón, no sólo por sus muchos años, sino también por las terribles vicisitudes que habían hecho de su vida un ejemplar por todos conceptos de veleidosa fortuna, para no temerle todo, en perjuicio propio del desenlace fatal que pudiera tener, como lo tuvo, la enfermedad de su protectora, de su única protectora.

Presentía además que no había que perder tiempo, porque sus amigos cada día en aumento y de peor especie, acechaban las ocasiones que la enfermedad de Isabel les proporcionaría de sobras, para influir en el ánimo ya prevenido del desconfiado Fernando, para causarle el mayor mal posible y perderle si á tanto alcanzaran.

¿Quién será capaz de expresar la ansiedad que torturaba el gran corazón de aquel anciano, combatido por encontradas y múltiples impresiones que sentiría noche y día, abismado en profundas meditaciones en la inmensidad del Atlántico, fija su mente en Isabel, fluctuando entre la esperanza y el temor que alternativamente le asaltarían?

¡Cuán largas serían las horas, qué perezoso el andar de las carabelas, qué terribles las contrariedades de aquella navegación la más pesada, penosa y larga de cuantas había hecho del nuevo al antiguo mundo!

Colón necesitaba comunicarse con aquella privilegiada alma, única que comprendía su misterioso ser y destino; necesitaba un desahogo, un alivio para sus horribles infortunios, como necesita aire y espacio el ave para volar, como los necesita la flor para brotar y vivir, y, sin embargo, presentía un inmenso, un terrible desastre.

Hacíasele tarde el estar al lado de la reina, y continuó mandando gobernar directamente hacia Castilla. El resto de la navegación fué constantemente difícil

y penoso. Sucediéndose unas tras otras las tempestades que les empujaban hacia las costas de Europa, llegó finalmente Colón, el día 7 de noviembre, «por permiso de Dios (1),» al puerto de San Lúcar de Barrameda.

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. XII.